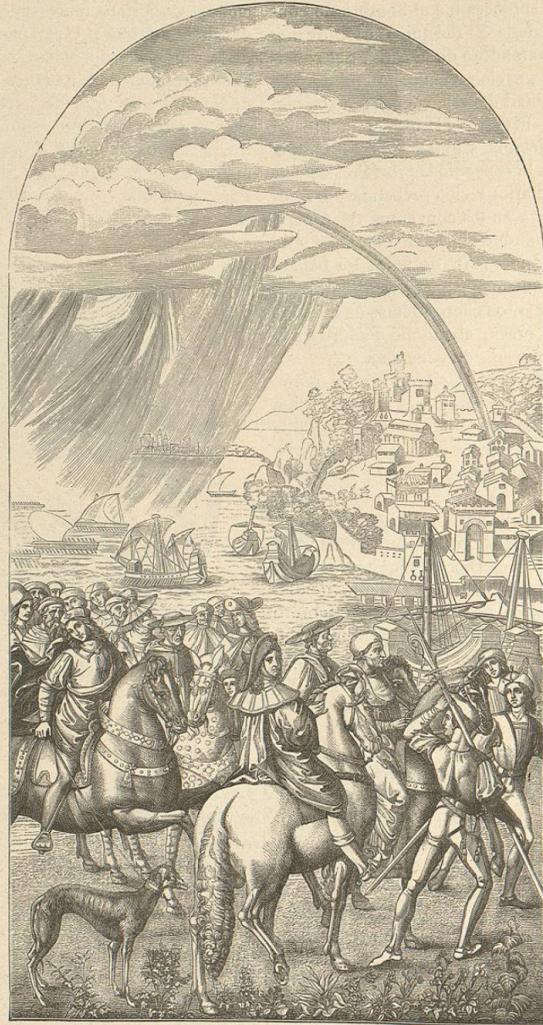


gundo podía desdecirse el Papa siempre que le conviniese. No menos ilusorio y aparente era su reconocimiento de la llamada sancion-pragmática de los alemanes del año 1439; que debía ser una valla contra la explotación de la Iglesia de Alemania por la curia romana, porque se convino según aquel arreglo en que se tratarían y fijarían los diversos pun-

tos de esta cuestión en un concordato especial. Lo único positivo fué que los autores y defensores de esta sancion-pragmática quedaron simplemente exentos de las penas en que habían incurrido por revolucionarios; es decir, que el Papa anuló la excomunión que había lanzado contra los príncipes electores eclesiásticos de Colonia y Tréveris. Fi-



Eneas Silvio Piccolomini se dirige al concilio de Basilea.

Copia de un fresco de Bernardino Betti Biagi Pinturicchio (que nació en 1454 y murió en 1513) en la biblioteca de la catedral de Siena. Fué pintado entre los años 1503 y 1507.

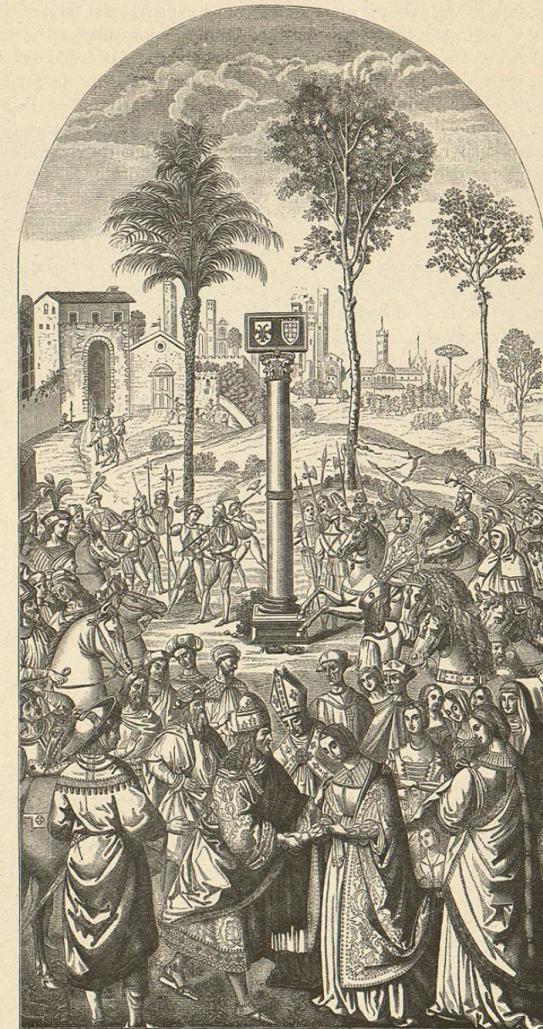
nalmente, á fin de facilitar á los últimos partidarios de la reforma la desercion de esta causa y la sumision al papado de Roma, prometió Eugenio IV á todos los que se hallaran en este caso reconocer sus honores y prebendas. Cada uno de estos cuatro puntos estaba tratado en un documento separado, por manera que este arreglo ni la forma de concordato había merecido; el Papa podía desligarse á su placer de cada compromiso separadamente; y á fin de facilitarle todavía mas el no cumplimiento de estos pactos, declaró

Eugenio IV solemnemente que estando á la sazón gravemente enfermo, hacia concesiones acaso demasiado latas á la nacion alemana, las cuales debían ser por lo tanto consideradas nulas en cuanto se apartaran de la doctrina de la Iglesia.

Eugenio con su política, su tenacidad, sus concesiones hábiles á última hora, siempre sutil y tenebroso, atento solo á las ventajas del papado y de la curia romana, sin cuidarse de la Iglesia como colectividad, había salido triunfante de tan tremenda lucha, y cuando expiró, en 23 de febrero

de 1447, volvía á estar la Iglesia unida y erguida sin haber sido reformada. En tiempo de su sucesor el cardenal Parentucelli, obispo de Bolonia, literato, conciliador y de conducta irreprochable bien que un tanto vanidoso, desaparecieron hasta los escrúpulos de oposicion que muchos príncipes alemanes habían manifestado contra Eugenio IV. Así fué re-

conocido Nicolás V, el nuevo papa, sin ninguna dificultad por los príncipes reunidos en Aschaffenburg en julio de 1447. Poco costó ganar á los pocos contrarios; la oposicion quedó deshecha, el menguado concilio de Basilea reducido á la impotencia, y la suerte del imperio y de la Iglesia entregada á Federico III y á su consejero Eneas Silvio.



Desposorios de Federico III con Leonor de Portugal.

Copia de un fresco de Bernardino Betti Biagi Pinturicchio en la biblioteca de la catedral de Siena.

Al triunfo del papado correspondió el concordato de Viena del 17 de febrero de 1448, que suprimió casi hasta el último resto de las insignificantes concesiones que Roma había hecho á la Iglesia de Alemania, porque aumentó las reservas papales, es decir, el derecho de disponer de ciertas prebendas, tanto que en este punto las cosas volvieron casi al mismo estado en que las habían dejado Bonifacio VIII y Juan XXII. Lo mismo sucedió con las provisiones, ó sea con el derecho de proveer piezas eclesiásticas que debían ser provistas por eleccion, pero que se habían dado sin ob-

servar en ella las reglas canónicas y no se había comunicado oportunamente el nombramiento á la curia romana. Además quedó autorizado el Papa para proveer cualquiera plaza electiva vacante en la persona que por motivos racionales y evidentes le pareciera mas digna que la elegida. Tocante á los derechos que el Papa solía percibir, el citado concordato abolió algunos pocos abusos, pero en lo principal volvió á poner en vigor el antiguo sistema de explotación y extorsion. Para evitar toda oposicion y alboroto no fué presentado este concordato á un parlamento alemán, sino que se

negoció su aprobación y admisión con cada príncipe en particular, y todos lo aceptaron sin objeción, sin exceptuar al príncipe elector y arzobispo de Tréveris, que había sido el último en hacer la paz con Roma.

Los pocos miembros del concilio de Basilea que después de haber sido anulado el salvo-conducto concedido á todos los miembros de aquella asamblea se habían trasladado á Lausana, entre ellos algunos obispos de Saboya, que por atención á la persona de Félix V continuaron allí el concilio con un grupo de eclesiásticos de categoría inferior, aceptaron de Nicolás V la ofrecida reposición en sus puestos y dignidades, y finalmente el mismo Félix V abdicó la tiara á cambio del título de cardenal y vicario del Papa, contento probablemente con poder volver á su retiro. En vista de esta abdicación los últimos miembros del concilio trasladado á Lausana eligieron á Nicolás V por Papa y se separaron el 25 de abril de 1448. Así concluyó el concilio de Basilea después de funcionar diez y ocho años.

Gradual é insensiblemente suprimió el papa Nicolás V las concesiones hechas á Alemania en el concordato de Viena, y á los pocos años había vuelto todo en el imperio al estado antiguo. Para evitar nuevas revoluciones en la Iglesia, porque no se había olvidado en Roma lo sucedido, se trabajó desde entonces sutil y constantemente por desarraigar la idea manifestada en los concilios de Constanza y Basilea de que el concilio y no el Papa representaba á la Iglesia, representación que fué calificada de usurpación inicua.

El coronamiento del edificio pontifical restaurado fué obra de Eneas Silvio, que con su talento había salvado al papado. En recompensa, fué ascendido sucesivamente á arzobispo de Siena, su ciudad natal, luego á cardenal y elegido finalmente Papa, en el año 1458, con el nombre de Pio II. Como tal condenó por herético el principio de la supremacía de los concilios sobre los papas, y con esta declaración imposibilitó para siempre toda nueva tentativa de reformar la Iglesia por medio de concilios, de los cuales él mismo había sido partidario en su juventud.

Los concilios, por lo demás, habían resultado insuficientes para esta reforma; la declaración de Pio II vino á decir que la Iglesia ni siquiera tenía intención de enmendarse, y con el fracaso de la reforma quedó dificultada la mejora de la organización política y social de las naciones. Para llegar á esta mejora quedaban dos medios: el primero era arreglar cada nación su política interior independientemente de la Iglesia ó modificándola en parte en su territorio, como se hizo en Inglaterra y sobre todo en Francia, y más adelante en mayor escala y sistemáticamente en España. El segundo medio consistía en separarse completamente de la Iglesia antigua para constituir otra reformada en su base dogmática, como hicieron en el siglo XVI Lutero, Zwinglio y Calvino.

El imperio alemán salió más perjudicado que los demás países por consecuencia del fracaso de la reforma eclesiástica, porque el papado ahogó con su influjo preponderante todo progreso nacional y social. Para mejorar la organización interior de Alemania era menester luchar contra la Iglesia, y para esto faltaban los elementos más imprescindibles: el emperador no tenía ni podía tener iniciativa y se dejaba llevar por los sucesos; los príncipes y magnates carecían de todo sentimiento nacional y patriótico: todos querían ser soberanos absolutos en sus territorios, y su egoísmo no les permitía hacer ni el sacrificio más insignificante; el pueblo no sabía lo que era dignidad nacional ni lo que eran intereses comunes; y cada comarca, cada pequeña subdivisión de comarca, vivía para sí y consideraba á todas las demás como país extranjero. Con semejantes elementos era imposible que el pueblo alemán llegara á ser una nación ó colectividad polí-

tica, como la acababan de constituir Francia ó Inglaterra á fuerza de colosales luchas interiores. El desmoronamiento del imperio alemán continuó sin interrupción y sin que Federico III, que solo miraba al interés de su casa, hubiese hecho el más pequeño esfuerzo para detener esta descomposición. En el Mediodía perdió el imperio el ducado de Milán desde la expulsión de los Visconti por los Esforcia; en el Oeste se formó á expensas del imperio la monarquía borgoñona; en el Nordeste los súbditos de la orden teutónica se aliaron con los polacos y la orden quedó desposeída; y la Hungría y la Bohemia, después de la muerte del joven Ladislao Póstumo, se constituyeron en Estados independientes sobre la base nacional. En el interior de Alemania era la situación lamentable: la guerra entre la liga de Soest y el arzobispo y príncipe elector de Colonia asolaba la parte occidental; en el Mediodía peleaba el príncipe elector del Palatinado, Federico el Victorioso, contra muchos y diversos enemigos; en Franconia luchaba Alberto de Brandeburgo, llamado Aquiles, contra las ciudades para quitarles su independencia y sus fueros; los husitas devastaban la Silesia, y los húngaros ocuparon Viena. En nada mejoró tan vergonzosa impotencia la expedición aparatosa de Federico III á Italia en el año 1452 para hacerse coronar emperador, la cual se verificó sin molestar en lo más pequeño ni á Francisco Esforcia ni á ninguno de los magnates que se habían apoderado de territorios del imperio. En marzo de 1452 el papa Nicolás V coronó emperador á Federico III y le casó con Leonor de Portugal.

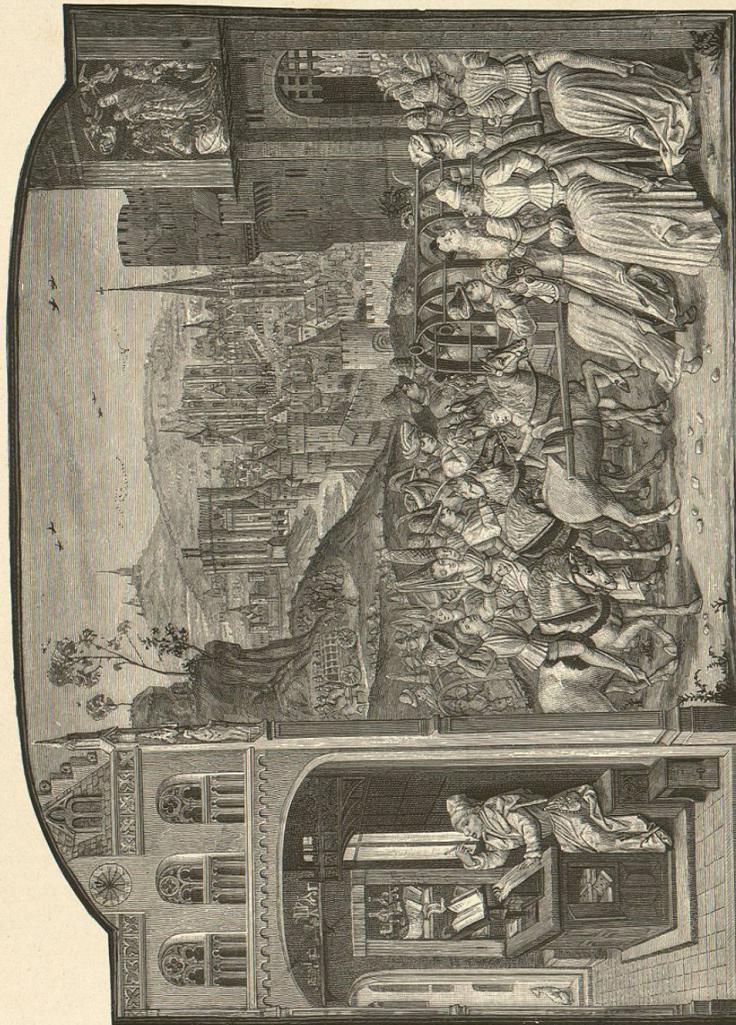
Desde que Oton I renovó el imperio romano habían pasado cinco siglos ó poco menos, y ni siquiera la apariencia muy reducida de tal imperio, que conservó Federico III, tenía ya razón de ser en medio de la organización política totalmente cambiada del Occidente.

CAPITULO IV

EL FIN DE LA GUERRA DE SUCESION ANGLO-FRANCA

(1380-1456)

Los terribles efectos de la conmoción que recibió el orden político y social en la gran crisis de la Iglesia desde el fin del siglo IV se sintieron más que en ninguna parte en Alemania, pero algo tocó también á los Estados occidentales. Si en tiempo del rey Wenceslao las guerras intestinas asolaron principalmente el Mediodía de Alemania, especialmente la de Everardo de Wurtemberg contra las ciudades de Suabia, en Francia hubo también por el mismo tiempo conmociones civiles, originadas por el choque entre la naciente clase media, que necesitaba espacio, y el feudalismo de la Edad media. En esta lucha corrió la Francia peligro de desmembrarse en territorios independientes, y si se hubiera consumado la desmembración habría triunfado allí la reacción feudal como en Alemania. Por fortuna salvó á la Francia la preciosísima ventaja de ser ya una monarquía hereditaria con una ley de sucesión tan sólidamente establecida, que ponía al trono fuera del alcance de las intrigas codiciosas de los magnates egoístas. Esta monarquía, aun cuando ocupara el trono un rey física y moralmente degenerado, era el áncora de salvación y el baluarte de la colectividad nacional en los momentos más críticos, y fué el cimiento solidísimo sobre el cual se formó gradualmente la monarquía moderna. A la sombra de su institución monárquica se volvió á levantar la nación francesa después de la caída más terrible; y siendo esta institución lo único que la catástrofe dejó en pie, fué después, cual paladion santo, objeto de veneración casi reli-



Una vista de París en el siglo XV.
En primer término, á la derecha, se representa la entrada de la reina Isabel y á la izquierda al autor Froissart trabajando en su estudio.
Copia de una miniatura del manuscrito de Froissart que se conserva en la Biblioteca Municipal de Breslau.